

Evangelio del jueves: las lágrimas de Jesús

Comentario del jueves de la 33.^a semana del tiempo ordinario. “Al acercarse y ver la ciudad, lloró sobre ella”. Este es Jesús, el Dios hecho hombre que llora por cada uno de nosotros.

Evangelio (Lc 19, 41-44)

En aquel tiempo, al acercarse y ver la ciudad, lloró sobre ella, mientras decía: «¡Si reconocieras tú también en este día lo que conduce a la paz! Pero ahora está escondido a tus ojos. Pues vendrán días sobre ti en que tus enemigos te rodearán de trincheras, te sitiárán, apretarán el cerco de

todos lados, te arrasarán con tus hijos dentro, y no dejarán piedra sobre piedra. Porque no reconociste el tiempo de tu visita».

Comentario

Jesús ha llegado a Jerusalén para celebrar la Pascua con sus discípulos. Será la última que la celebre en esta tierra. Son días de gran intensidad y de emoción contenida. Al acercarse desde Betania, se detiene en el Monte de los Olivos y contempla la majestuosidad del Templo y las murallas de la Ciudad Santa. Jesús llora. No puede contener su dolor por la incapacidad de sus habitantes para reconocerle.

Esto provoca dolor en el corazón de Jesús: la historia de la infidelidad de su pueblo. Jesús llora por la cerrazón del corazón de la ciudad elegida, del

pueblo elegido. Porque no tenía tiempo para abrirle la puerta: estaba demasiado ocupada y satisfecha de sí misma.

Al entrar en Jerusalén, los peregrinos que van con Jesús se dejarán contagiar por el entusiasmo y le proclamarán “Hijo de David”.

Pocos días después, Jesucristo saldrá de aquella ciudad cargado con un madero. El Rey de reyes y Señor de señores coronado con espinas, “despreciado y evitado de los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultaban los rostros, despreciado y desestimado” (*Is 53,3*).

Este es Jesús, el Dios hecho hombre que llora por cada uno de nosotros. Porque también nosotros somos incapaces de reconocerle como aquel que conduce a la paz. Porque nuestro corazón, muchas veces ocupado y

satisfecho de sí mismo, se cierra al Amor.

Jesús llora para que aprendamos a llorar con Él. Da su vida, para que podamos vivir. Para que en su dolor podamos rehacernos cada día. Necesitamos, como nos aconsejaba san Josemaría, “Dolor de Amor. — Porque Él es bueno. —Porque es tu Amigo, que dio por ti su Vida. — Porque todo lo bueno que tienes es suyo. —Porque le has ofendido tanto... Porque te ha perdonado... ¡El!... ¡¡a ti!! —Llora, hijo mío, de dolor de Amor” (*Camino*, 436).

Luis Cruz // Photo: Gonzalo Gutierrez - Cathopic
